

JOAQUÍN LOMBA FUENTES

Universidad de Zaragoza

La transmisión del saber andalusí a Europa en la corona de Aragón

Ante todo, por Corona de Aragón hay que entender el triángulo nororiental de la Península Ibérica, limitado por tres lados, a saber: por el Ebro, el Mediterráneo y unas veces el Pirineo y otras el Languedoc y la Provenza. Fronteras más o menos móviles según los avances cristianos sobre territorio musulmán y según también los avatares políticos de los reyes de Aragón. Así, por ejemplo, van entrando en el ámbito de la Corona de Aragón, dejando de ser musulmanas: Barcelona en 801, Huesca en 1096, Tudela, en 1114, Zaragoza en 1118, Calatayud en 1120, Tarragona en 1128, Lérida en 1149. Y, por el otro lado, por el del Sur de Francia, a comienzos del s. XII, Ramón Ramón Berenguer IV y Alfonso II se anexionan la Provenza y el Languedoc que los retienen durante casi ciento cincuenta años, hasta el Tratado de Corbeil en 1258, aunque, después de esta fecha, siguen a intervalos dominando el Rosellón y la Cerdaña. Pero no solo se trata de anexiones superficiales y a nivel de puros pactos políticos: hay una comunidad cultural de idénticos intereses intelectuales y de intercambio tan estrecho entre la Corona de Aragón y el Suroeste de Francia que, necesariamente, hay que englobarlos en este total de la Corona de Aragón y su labor transmisora a Europa.

Por otro lado, culturalmente la Corona de Aragón es heredera de una larga tradición histórica y cultural anterior, la musulmana, que

empezó con la conquista de Zaragoza en el 711, de Cataluña entera en el 718 y de Narbona en el 720. Durante esta época, la zona se llamó al-ṭagr al-a'là o Frontera Superior, con características muy propias que la distinguían de las otras dos fronteras, la Media y la Inferior.

Porque, aparte de otras circunstancias, entre estas dos últimas y los reinos cristianos había un vacío intermedio que hacía difícil la comunicación: la tierra de nadie deshabitada y empobrecida. Por otra parte, solo tenían contacto o con el ciego por entonces Atlántico o con la rica y cultísima Córdoba y con el Magreb. En cambio, la Frontera Superior no tenía esa tierra de nadie y, en consecuencia, estaba en contacto directo con los reinos cristianos. Además, dotada de un suelo fértil y cultivado era muy rica y próspera. Por lo demás, sus contactos eran múltiples: aparte del directo con Europa, tenía las puertas abiertas al mar más rico y culto del momento, el Mediterráneo, y, por consiguiente, en contacto íntimo con los países más avanzados de entonces científica y culturalmente: Egipto, Iraq, Arabia, Oriente entero, además del resto de los países norteafricanos. Esa prosperidad y apertura cultural de la zona, hizo que cuando los intelectuales musulmanes y judíos fueron perseguidos en el Sur de al-Andalus por Almanzor y se hizo inhabitable Córdoba por la fitna o guerra civil, muchos se refugiaban en Zaragoza, sobre todo, y de allí hicieron viajes de ida y vuelta a Oriente para estudiar y traer nuevos libros y conocimientos más avanzados. Lo cual hizo que el nivel cultural de la Frontera Superior aún creciese más. Ello explica la abundancia de ilustres intelectuales que, durante aproximadamente cien años florecieron en la zona, bien venidos de fuera, bien nacidos en ella. Los biógrafos registran más de trescientos hombres ilustres, entre los que destacan los científicos y filósofos. Baste recordar, por ejemplo, a hombres de ciencia como Yaḥà ibn 'Aylān, muerto alrededor del 893, 'Abd Allāh ibn Aḥmad al-Saraqusī que, nacido en Zaragoza, murió en Valencia en 1056, el ilustre rey de la Taifa de Zaragoza al-Muqtadir y, sobre todo, su sucesor al-Mu'tamin, uno de los mejores matemáticos del medievo, junto con el visir de ambos Abū Faḍl ibn Ḥasday, el botánico Ibn Biklariš, los cordobeses avecindados en Zaragoza al-Kattānī y al Kirmanī, el malagueño Ibn Gabirol

apostado de por vida en Zaragoza, el zaragozano Ibn Paqūda y, finalmente, el también zaragozano Ibn Bāyḡ o Avempace, por no citar sino solo algunos de muestra. Esta apretada pléyade de científicos que ocupa sobre todo la época taifal desde 1018 hasta 1110, explica el que la Frontera Superior, el posterior Aragón, Cataluña y Sur de Francia, se dedicasen con todo entusiasmo a propagar por Europa los nuevos saberes musulmanes aprendidos cuando era Frontera Superior.

Este humus cultural propició floraciones posteriores muy ricas y abundantes, después de la conquista cristiana, constituida ya la Corona de Aragón. Porque en ella pervivieron las mismas características de riqueza económica y cultural y de apertura al mundo mediterráneo, francés y europeo. Más aún, las comunidades judías de Barcelona, Zaragoza, Gerona y Huesca conservaron a muchos judíos huidos de otras zonas menos prósperas y menos tolerantes con sus aljamas, pues Aragón se caracterizó por la mayor acogida a los judíos. Pero resulta que esos judíos, conquistada la Frontera Superior por los cristianos, no se consideraron dentro de la categoría de los vencidos. Los derrotados habían sido los musulmanes, no los judíos. Pero ellos, durante la dominación islámica, se habían incorporado por completo a la cultura árabe: escribieron en árabe, cultivaron la ciencia y filosofía musulmanas, leyeron los mismos tratados griegos traducidos al árabe y comentados en árabe por los musulmanes orientales y andalusíes e incluso utilizaron los esquemas mentales y categorías de la espiritualidad musulmana. Ibn Paqūda, por ejemplo, en su libro *Los deberes de los corazones*, a Yahweh lo llama Allāh, a la Tôrâh, Šarī'a, a Moisés, rasūl Allāh, a la ascesis zuhd y a la unión amorosa y mística con Dios ittiṣāl, términos todos empleados en la literatura religiosa musulmana.

Además, después de la ocupación cristiana, como observa C. Sirat¹, a partir del s. XII y XIII la cultura se populariza entre los judíos de la Corona de Aragón y Provenza, pasando a ser propiedad de la clase media y no solo de las elites dirigentes y cultivadas de las aljamas, como ocurría anteriormente; con lo cual el interés por

¹ SIRAT, C., *A History of Jewish Philosophy in the Middle Age*, Cambridge, 1985, p. 212-213.

la ciencia y el pensamiento árabes crecieron, sobre todo teniendo en cuenta las perspectivas que para la vida intelectual había abierto el racionalismo de Averroes y Maimónides.

Todo este conjunto de hechos, más otros que no vienen al caso, hicieron que la vida intelectual de la Corona de Aragón tuviese unos caracteres muy distintos de la de Castilla. En primer lugar, porque en Castilla, una vez cristianizado el Reino, la anterior cultura y ciencia islámica fue barrida por completo y pasó al olvido volviendo los intelectuales, salvo honrosas excepciones como la de Alfonso X, a la vieja y ya anquilosada tradición isidoriana y visigótica. En cambio en la Corona de Aragón, se siguió al ritmo de la avanzada cultura anterior solo que incorporada al judaísmo y cristianismo. Más aún: en Castilla, en Toledo, funcionó la mal llamada «Escuela de Traductores»² en la cual fundamentalmente fueron los extranjeros los que, utilizando los servicios de dos traductores hispanos (los únicos que sabían árabe y latín), se llevaron traducidas al latín multitud de obras árabes y judías a sus países y universidades ultrapirenaicas sin que aquí nadie se molestase en echar una ojeada a aquellos tesoros de saber que cambiaron por completo el ritmo intelectual de la Europa cristiana. En la Corona de Aragón, en cambio, pasó exactamente lo contrario. Lo que ocurre es que el protagonismo lo llevaron, primero los judíos de la Corona y, segundo, los mismos cristianos.

En esta línea se pronuncian Juan Vernet y David Romano. El primero dice lo siguiente: «La parte más importante y decisiva de las

² Es cierto que hubo algunos traductores, muy pocos, en Toledo que trabajaron a instancias del Arzobispo Raimundo de Sauvetât, pero ello no quiere decir que aquello fuera una auténtica «Escuela». Hoy día se tiende a negar la existencia de tal Escuela, como muy bien lo señala David Romano: «Tradicionalmente, pero equivocadamente, la primera mitad de esta época [hasta 1250] ha sido considerada y definida como la época de la «Escuela de Traductores de Toledo». Desde que a mediados del siglo pasado lo estableciera el francés Jourdain, los historiadores de la filosofía y de la ciencia suelen dar por sentada la existencia de dicha escuela, que habría sido un cuerpo organizado, que habría trabajado gracias al mecenazgo del arzobispo don Raimundo. Pero la verdad es que los escasísimos datos conocidos no permiten afirmar la existencia de esa escuela, a pesar de que la expresión se haya generalizado» (ROMANO, D., *La ciencia hispanojudía*, Mapfre, Madrid, 1992, p. 84).

traducciones del árabe a lenguas europeas termina en el siglo XIII. sin embargo, los judíos, empleados en muchas cancillerías y muy en concreto en la de Aragón, continúan vertiendo al hebreo los textos árabes, latinos y romances que creen de mayor interés y a veces colaboran con los cristianos en obras de mayor enjundia tal y como ocurrió con las tablas trilingües (catalán, latín, hebreo) del rey de Aragón Pedro el Ceremonioso (1360)»³. Y, David Romano: «Un punto quiero recordar una vez más: la influencia decisiva del árabe. Judíos autores de obras en árabe, judíos traductores del árabe al hebreo, judíos cotraductores del árabe al latín, judíos traductores del árabe al castellano, judíos autores de obras científicas en castellano y en hebreo fueron el principal vehículo del contacto cultural entre Oriente y Occidente y en este sentido no solamente es lícito hablar de actividad transmisora sino incluso y abiertamente de legado de los judíos»⁴.

Sin embargo, también en la Corona de Aragón hay traducciones similares a las que se hacen en Toledo, del árabe al latín y hechas por cristianos ayudados por judíos, de las cuales conviene dar cuenta antes de entrar en la anunciada labor transmisora hecha por judíos a partir del siglo XIII. No solo eso sino que el primer traductor que aparece en el panorama general peninsular y europeo de traductores (anterior incluso a Toledo) es Gerberto de Aurillac (999-1003), monje del monasterio del mismo nombre, magister de Reims, abad de Bobbio y luego Papa con el nombre de Silvestre II (999-1003) del cual dice Taton⁵: «El punto capital de su biografía es, sin embargo, su estancia en España (967-969), bajo la dirección de Atón, obispo de Vic. No hay necesidad de suponer que fuera a Córdoba; la actividad del monasterio catalán de Santa María de Ripoll ofrece un impresionante ejemplo de injerto de elementos árabes en el tronco de la traducción isidoriana. Su correspondencia no solo se muestra directamente pidiendo a su amigo Lupitus (Llobet) de Barcelona que le envíe un Tratado de 'astrología' (consagrado tal vez al astrolabio) o, en 984, pidiendo al obispo Mirón de Gerona el 'De multiplicatione

³ VERNET, J., *El Islam y Europa*, El Albir, Barcelona, 1982, p. 72-73.

⁴ ROMANO, D., *La ciencia hispanojudía*, op. cit., p. 29-30.

⁵ TATON, R., *La ciencia Antigua y Medieval*, Barcelona, 1971, Tomo I, p. 628.

et divisione numerorum' de un tal Josefo Hispano». El fue, por tanto, quien llevó a cabo las primeras versiones de obras matemáticas e introdujo en Europa las cifras árabes y el uso del astrolabio. Es que en esta región había varias bibliotecas con materiales árabes más que abundantes para esta labor. La de Vic era una de ellas, junto con las de Montserrat, La Seu d'Urgel y, sobre todo, del Monasterio de Ripoll que, en 1046 se sabe tenía 192 manuscritos que luego se fueron incrementando, hasta ser una de las bibliotecas más importantes de la zona. De este modo, en toda la Corona de Aragón y en el Valle del Ebro, surgen importantes centros de traducción del árabe al latín, similares al de Toledo. Por ejemplo Barcelona, Tarazona, Pamplona, Huesca a los que, al igual que en Toledo, acuden también extranjeros como Hermann de Carintia, Roberto de Brujas, Roberto de Chester y, en concreto, al de Barcelona, Platón de Tívoli, colaborador del judío barcelonés Abraham bar Ḥiyya, del que luego hablaré. Junto a éstos aparecen también, como en Toledo, algún español como es el caso de Hugo de Santalla en Tarazona y de Esteban Arnaldo, en Barcelona.

Pero aparte de esta tarea traductora del árabe al latín, paralela y similar a la toledana, está la anunciada más arriba, a saber, la llevada a cabo por los judíos de la Corona de Aragón, la cual ofrece características muy peculiares. Y, ante todo, hay que distinguir, tres formas de transmisión del saber árabe a Europa por manos de estos judíos aragoneses: primera, por medio de su magisterio oral y directo; segunda, por sus propios escritos los cuales o bien son compendios de otras obras árabes o bien se trata de producciones originales de los mismos autores judíos siguiendo la tradición greco-árabe; y, tercera, por medio de traducciones ⁶.

Respecto a la enseñanza oral directa dice David Romano ⁷: «La transmisión oral debió ser abundante, mucho más de lo que de ella sabemos, porque, naturalmente, deja poco rastro documental [...]. Ante

⁶ Ver sobre este tema los importantes trabajos de D. ROMANO, «El papel judío de la transmisión de la cultura», en *Hispania Sacra. Congreso Internacional de Historia Eclesiástica comparada*, 40 (1988), p. 955-978 y del mismo autor: *La ciencia hispanojudía*, Mapfre, Madrid, 1992.

⁷ ROMANO, D., «El papel judío ...», *op. cit.*, p. 969.

todo, hay que recordar los judíos que enseñaron la lengua árabe (y la hebrea) según consta que hicieron en las escuelas de lenguas orientales establecidas por los dominicos en la Corona de Aragón en el siglo XIII y principios del XIV [...]. Los viajes de intelectuales judíos hispánicos fuera de sus estados. Sin duda, los viajes al norte de Francia (por ejemplo, los de Abraham bar Ḥiyya) fueron más frecuentes que a otros países. Pero también conocemos bien las estancias por Europa de dos autores de primera importancia en la transmisión: me refiero a Pedro Alfonso y a Abraham ibn 'Ezra'. Y Vernet abundando en la misma idea ⁸: «La transmisión oral de estos conocimientos [científicos] debió ser importante. Los judíos sefardíes, los únicos en su religión que eran «sabios» y se desplazaban no sólo hacia Oriente, sino también por las comunidades del Languedoc, en donde enseñaban hebreo, para los usos religiosos, y árabe, para que sus discípulos pudieran acceder a las mismas fuentes de la ciencia más importante de aquel entonces: la musulmana. Mošeh Sefardí, Abraham bar Ḥiyya y Abraham ben 'Ezra' realizaron — entre otros — este magisterio».

En efecto, Pedro Alfonso ⁹, nombre que Mošeh Sefardí adoptó cuando se convirtió al cristianismo, nace en Huesca hacia el año 1062 y viaja varias veces a Inglaterra donde es nombrado médico de Enrique I y se hace amigo de Walcher de Malvern y de Adelardo de Bath, dos adelantados de la difusión de las ideas de Pedro Alfonso y, por su medio, de la ciencia árabe. Pedro Alfonso tiene el mérito indiscutible de haber introducido en Inglaterra los cánones, tablas, astrolabio y mediciones astronómicas de los árabes y de al-Jwārizmī y la matemática de este último. Con su forma de dividir las ciencias, a la manera árabe, influirá mucho en la evolución del trivium y el quadrivium dando mucha más importancia al segundo, por su contenido científico, con lo cual se adelanta al siglo XIII en que, por influjo de Aristóteles, pasará más a primer plano el quadrivium.

⁸ VERNET, J., *El Islam en España*, Mapfre, Madrid, 1993, p. 125.

⁹ Véase: LACARRA, M.J., *Disciplina clericalis. Pedro Alfonso*, Zaragoza, 1980; ID., *Pedro Alfonso*, Zaragoza 1991; y MILLÁS VALLICROSA, J. M., *Nuevos estudios sobre la Historia de la Ciencia Española*, Barcelona, 1960, p. 107 y ss.

Abraham bar Ḥiyya nace en Barcelona hacia el año 1065. También se le conoce como Savasorda (adaptación del cargo que ocupó en el estado musulmán de ṣāhib al-šurṭa, jefe de policía o guardia, lo cual tal vez solo sea un título honorífico). Adquiere su formación científica árabe en Zaragoza, tal como dice Millás Vallicrosa ¹⁰: «Probablemente Abraham bar Ḥiyya había adquirido su cultura árabe en la corte de taifas de los Banū Hūd, de Zaragoza-Lérida, hipótesis que se corrobora con el dato que se encuentra en un documento del archivo de la catedral de Huesca, redactado en agosto de 1137, en el que se hace alusión a una heredad «que fuit de Xabaxorda iudeo», quien probablemente coincide con nuestro autor». Pero lo más importante para el tema que nos interesa, aparte de su labor de escritor y traductor de la que hablaré más adelante, es que viajó y enseñó en Castilla, Sur de Francia, Soria, Lérida, Huesca y Zaragoza. Era tal el prestigio científico de que gozaba que fue nombrado astrónomo y matemático del rey de Aragón Alfonso I. Se sabe también que estuvo viviendo en Barcelona donde impartió sus enseñanzas entre 1133 y 1145, en tiempo de Ramón Berenguer IV.

El otro gran maestro citado, Abraham ben 'Ezra', nace en Tudela en 1089 siendo toda su vida un continuo itinerar por Europa difundiendo la gran ciencia árabe de al-Andalus. Así, consta que viajó a Roma, Salerno, Lucca, Mantua, Pisa Verona, Beziers, Narbona, Burdeos, Anger, Dreux, Rouen, Londres, Winchester, algunas de cuyas ciudades visitó varias veces. Finalmente murió, al parecer, en Calahorra (La Rioja), en 1167 (otros piensan que murió en Tierra Santa en 1163). En todos estos sitios enseñó, parece ser que en hebreo a los judíos y en latín a los cristianos y dejó tal impresión que, después de 150 años dice Yehadiah ha-Penini de su estancia en Beziers: «Los sabios de aquella región, los hombres piadosos y los rabinos, tuvieron una gran alegría cuando ben 'Ezra' pasó por sus comunidades. El empezó a abrir los ojos en nuestras regiones y escribió para nuestras gentes el comentario al Pentateuco y a los profetas». Y Yēhudah ibn Tibbon, al traducir la gramática de Ibn Yānāh dice de Abraham ben 'Ezra': «Entre los judíos de la diáspora, desde Francia hasta

¹⁰ MILLÁS VALLICROSA, J. M. *Literatura hebraicoespañola*, Barcelona, 1967, p. 123.

la tierra de Edom, no se conocía la lengua árabe, con lo cual no podían aprovecharse de los libros escritos en árabe en al-Andalus [...]. Así, Abraham ben 'Ezra', vino a sus tierras y les ayudó con pequeños libros que contenían una agradable y preciosa enseñanza». Y, finalmente, Yosef Delmedigo describe de esta manera su personalidad: «Era un hombre que durante todos los días de su vida, viajó por todo el mundo, desde la extremidad del mar occidental hasta Lucca y Egipto, Etiopía y Elam. No tenía dinero, ni aun unos pocos céntimos, pues los despreció toda su vida. Solo tenía la ropa que llevaba puesta y en su equipaje solo llevaba el astrolabio, un corazón valiente y el espíritu de Dios dentro de él». Austeridad de vida de la que el mismo Ben 'Ezra' habla con cierta ironía en estos versos ¹¹:

«Tengo un manto que parece una criba para cerner el trigo o la cebada;
 cual tienda lo despliego en plena noche, y las estrellas de lo alto le ponen lámparas;
 contemplo en su interior la luna y las Pléyades, y el fulgor de Orión que sobre él fluye.
 Me fatigo al contar sus agujeros, que parecen los dientes de una sierra.
 Espera que un hilo cosa sus jirones por la trama y la urdimbre es cosa vana.
 Si una mosca le cayera con ímpetu, como el simple, pronto se arrepentiría.
 ¡Dios mío, cámbiamelo por una capa que me sirva de gloria y deje en buen lugar a la costura!»

En el segundo conducto de transmisión, el de obras de judíos bien se trate de compendios o de producciones originales científicas o filosóficas, hay que incluir de nuevo, entre otros, a Abraham bar Ḥiyya y a Abraham ben 'Ezra'. Así, el primero compone multitud de obras en las que da a conocer a Europa la nueva ciencia árabe, entre las que se encuentra *Yēsode ha-tēḥunah u-migdal ha-‘ēmunah*, *Fundamentos de la inteligencia y fortaleza de la creencia* que es una

¹¹ Trad. de A. SAENZ BADILLOS, *Literatura hebrea*, UNED, Madrid, 1991, p. 149.

enciclopedia científica y un tratado de geometría, aritmética, óptica y música; *Hibbur ha-mēšīḥah wē-ha-tišboret*, *Tratado de las áreas y medidas* que sirvió para la medición de las tierras conquistadas por los cristianos y que fue traducido por Platón de Tívoli pasando a ser un libro fundamental de matemáticas en el mundo cristiano; *Hoḳmat ha-hizzayon* compuesta de dos partes: *Surat ha-'ereš*, *La forma de la tierra* y *Ḥešbon mähleḳot ha-ḳoḳabim*, *Cálculo del curso de los astros* en las que expone por primera vez el sistema tolemaico en hebreo siguiendo a al-Fargānī; *Luhot*, *Tablas astronómicas*, conocido también como *Tablas del Nasí* o de *Savasorda* que es un compendio del libro antes citado *Surat ha-'ereš.*; *Sefer ha-'ibbur*, *Libro de la intercalación* que contienen unas tablas astronómicas y astrológicas; *Hegyón ha-néfeš*, *Meditación sobre el alma*, libro de temática filosófica; *Megil.lat ha-mēgal.leh*, *Libro revelador*, la obra más leída de Abraham bar Hiyya, que contiene muchos elementos y datos astrológicos aplicados a hechos históricos, lo cual es nuevo en Occidente, aunque conocido en Oriente y en al-Andalus desde el s. X; y, finalmente, *Iggéret ha-astrologiya*, *Epístola sobre astrología*, que es un tratado de astrología práctica.

Abraham ben 'Ezra', parece que escribió unas ciento ochenta obras, algunas de las cuales eran de tema gramatical pues uno de sus intereses era el que sus correligionarios europeos aprendiesen el hebreo, totalmente olvidado ante la presión de las lenguas romances. Pero la mayor parte de sus libros fueron de tema científico y filosófico, completando así por escrito su inmensa labor de transmisión oral y de enseñanza por Europa. Citaré los más importantes, divididos por temas. Sobre matemáticas: *Sefer ha-'ibbur* sobre aritmética; *Sefer ha-mispar*, *Libro del número*. conocido también como *Sefer yesod mispar.*, *Fundamento del número*, en que por primera vez en Europa enseña el valor posicional de las cifras, el sistema decimal y la utilización del cero; y *Sefer ḥa-'ehad*, *Libro sobre el uno*. Sobre astrología, que es en lo que más fama popular tuvo Abraham ben 'Ezra': *Re'sit hokmah*, *Principio de la sabiduría*; *Sefer ha-tē-'amim*, *Libro de las razones*; *Sefer ha-mibḥarim*, *Libro de las elecciones*; *Sefer ha-'olam*, *Libro del mundo*; *Sefer ha-mē-'orot*, *Libro de las luminarias*; *Sefer istagninūt*, *Libro de astrología*; *Mišpēte ha-mazzalot*; *Séfer ha-*

moledot, Libro de las natividades; *Séfer ha-šelot*, Libro de la consulta de las estrellas. Sobre astronomía: *Šaloš šéhot*, Tres preguntas sobre cronología y astronomía; *Luhot*, Tablas astronómicas, su principal obra sobre este tema, que ejerció un gran influjo y de la cual hizo una primera versión conocida como *Tabulae Pisanæ* llamada así porque tomó como punto de referencia el meridiano de Pisa; *Séfer ha-'ibbur*, Libro de la intercalación; *Iggéret ha-šabbat*, Epístola del Sábado; *Kéll ha-nehóšet*, Instrumento de latón, sobre el uso del astrolabio; *Sefer ha-'āsamim*, sobre física. Finalmente, sobre filosofía: *Hayy ben mekiz*, obra poética inspirada en el Hayy ibn Yaqzān de Avicenna; *Sefer ha-sem*, Libro del nombre [de Dios]; *Arugat ha-hokma upardes ha-mezimma*, Ramillete de sabiduría y pensil del pensamiento; *Bet middôt*, Casa de las costumbres, sobre ética; y *Sefer higgayon*, Libro de Lógica.

El tercer medio de transmisión del saber en la Corona de Aragón fue el de las traducciones del árabe, por obra de judíos de la región, fundamentalmente. Ahora bien, estos judíos del Norte de la Península y del Sur de Francia solo conocían en los primeros momentos el árabe, el hebreo y las lenguas romances correspondientes. El latín, como lengua culta, en primer lugar, no estaba todavía acomodado a la nueva terminología filosófica y científica; y en segundo lugar, era la lengua de aquellas escuelas y luego universidades, a las cuales no tenían acceso los judíos. En consecuencia, hasta el s. XIII la cultura islámica habrá de llegar a los judíos norpeninsulares, del sur de Francia y de Europa, en hebreo. El latín, por tanto, desde esta perspectiva y por el momento, no es el protagonista principal como ocurría en Toledo.

En consecuencia, las versiones hebreas de la literatura científica y filosófica musulmana serán directas, sin el paso ni contraste con las latinas. Solamente a partir de la segunda mitad del s. XIII empezarán a interesarse los judíos por las traducciones latinas de las mismas obras que ellos habían vertido al hebreo. Pero ese interés, por el momento, no irá más allá de un mero considerarse mutuamente, de un somero intercambio de puntos de vista. La situación comienza a cambiar más partir del s. XIV de modo que en el XV se llegarán a traducir incluso algunas obras del latín al hebreo. Algunos ejemplos:

Abraham Salom que vivió en Cataluña durante el siglo XV y que murió en 1492 y que tradujo del latín al hebreo, la *Philosophia Paupe-rum* atribuida a Alberto Magno y las *Quaestiones* sobre el *Organon* de Aristóteles de Marsilio e Inghem. El *Regimen sanitatis* de Arnau de Vilanova (junto con otras obras del mismo autor) fue traducida en Avignon en 1327 por Isaac ben Yosef ha-Levi llamado Crescas Vidal de Caslar. Abraham Avigdor tradujo al hebreo la *Introducción al Arte* de Bernardo Alberto. Eliyah ben Yosef Habilio tradujo algunas obras de Santo Tomás, tres tratados de Guillermo de Ockham y tal vez un libro de Vicente de Beauvais. Azaría ben Yosef ben Abba Mari (de Perpignan) tradujo la *Consolatio philosophiae* de Boecio. Y así otras muchas más obras que se vertieron del latín al hebreo entre 1310 y 1320.

Todo lo dicho quiere decir que las comunidades judías y el hebreo, en la Frontera Superior, desempeñaron un papel primordial en el trasvase de la cultura musulmana escrita en árabe a la Europa medieval, tanto cristiana como judía. Tanto cristiana como judía, porque, obviamente, una vez pasada la cultura árabe a las comunidades judías europeas los propios cristianos se lanzaron a asimilar aquella nueva oleada de saberes. Además, hay que tener en cuenta también la especial convivencia, pacífica o de controversias, que tuvo lugar en la Corona de Aragón. No cabe duda de que las famosas Disputas de Barcelona (1263) y de Tortosa (1413-1414), avivaron de forma extraordinaria la reflexión filosófica y teológica de cristianos como San Vicente Ferrer, Raimundo Martí y otros muchos. Como dice J. N. Hillgarth ¹² la diferencia, precisamente, entre la actitud de Alfonso X en Castilla y Ramón Llull en Mallorca-Cataluña, estriba en el afán apologético de éste, frente al puramente científico del rey castellano. Es que la política cristiana catalano-aragonesa, con respecto a los judíos, giraba en torno, primero, de la economía y, segundo, del afán de convertir de una vez por todas al cristianismo al pueblo judío. Y no cabe duda de que este contacto, aunque fuera proelitista, propició multitud de zonas de trasvase y de influencia. Si a

¹² HILLGARTH, J.N., *The attitudes of Ramón Llull and of Alfonso X of Castile to Islam*, Actas del V Congreso Internacional de Filosofía Medieval, Madrid, 1979, p. 825-831.

ello añadimos, por ejemplo, el caso de los conversos al cristianismo, los influjos aún son mayores. Recordemos el *Dialogus contra iudaeos* de Pedro Alfonso que en medio de su defensa de la fe cristiana deja deslizar multitud de conceptos musulmanes y judíos que, sin duda, dejaron su impacto en el mundo cristiano. Pero a este trasvase del mundo islámico al cristiano, a través del protagonismo judío y del hebreo, volveremos luego. Ahora me quisiera detener en un aspecto de esta labor transmisora de la lengua hebrea, operada en la Frontera Superior.

El árabe, en su contacto con el mundo griego, bien directo, bien a través de las traducciones siríacas, había elaborado, desde el comienzo, una terminología extraordinariamente precisa. Más aún, en muchos casos la había enriquecido de forma extraordinaria pues bien sabido es sumamente extenso y matizado vocabulario de la lengua árabe. Vocabulario que, no siendo abstracto en un primer momento, poco a poco, se fue acomodando a las exigencias de la especulación teológica, jurídica, filosófica y científica. En filosofía, por ejemplo, baste recordar los términos *'aql*, *nuṭq*, *'ilm*, *ḥikma* (intelecto, razón, ciencia, sabiduría) que en árabe significan muchas más cosas que sus originales griegos a los que traducen. Ahora bien, el hebreo, por el contrario, como dice G. Sermoneta «por muchos siglos, no supo o no quiso crear un lenguaje técnico-filosófico autónomo, adaptado a la abstracción metafísica o al rigor del discurso lógico. En la práctica, hasta el siglo XII, el hebreo por lo que respecta a la filosofía, depende totalmente del árabe»¹³.

En efecto, todos los filósofos judíos, hasta el s. XII son araboparlantes y escriben en árabe: Sa'adia Gaón, Maimónides, Isaac Israelí, Ibn Gabirol, Ibn Paqūda e incluso Yehudah ha-Levi uno de los más originalmente hebreos entre los filósofos que vivieron en el área de cultura islámica. De esta manera, sigue Sermoneta, se da «una simbiosis perfecta [con el árabe], una dependencia casi total, que bloqueó necesaria y naturalmente por muchos siglos el proceso creativo y formativo de una terminología filosófica autónoma y el na-

¹³ SERMONETA, G., *L'ebraico tra l'arabo e il latino nella trattatistica filosofica medievale: Un ponte segnato dal passaggio di due tradizioni terminologiche e culturali*, Actas del V Congreso..., p. 145.

cer de un lenguaje estrictamente técnico, directamente expresado en hebreo» ¹⁴.

Esta situación de inmadurez y ambigüedad terminológicas, se agravó en el s. XII, precisamente y sobre todo en el noreste de España y en Provenza, al entrar en contacto los judíos no solo con los araboparlantes de antiguo que les habían dado su lengua y cultura, sino también con los latinoparlantes y latinoescribientes. Esta situación de doble frente lingüístico (y, a veces, triple, por las lenguas romances, catalana, provenzal, italiana etc.) agravó los titubeos y la indeterminación del hebreo a la hora de acuñar términos propios y exactos como lo había hecho el árabe desde antiguo y como lo hará el latín de la escolástica, a partir de ahora. Por eso, en este momento se produce un auténtico *impasse* y, en consecuencia, el nacimiento de dos escuelas de traducción: una, que podríamos llamar «purista» y otra más innovadora precisamente porque es más fiel al texto original árabe.

Los que militan en la primera lo que pretenden es crear una terminología hebrea, filosófica y científica, lo más desvinculada posible del árabe, evitando cualquier calco léxico, sintáctico o gramatical del árabe. Para ello se basan en el más estricto y puro hebreo tanto bíblico como misnáico y talmúdico, pudiéndoseles calificar, por ello, como de *puristas*.

Los representantes más destacados son, ante todo, los ya varias veces citados Abraham bar Hiyya y Abraham ben 'Ezra'. El primero, llevó a cabo traducciones a cuatro manos ¹⁵, pasando él del árabe al romance en voz alta y otro (concretamente Platón de Tívoli o Tiburtinus) al latín. Así, tradujeron once obras científicas de las que casi la mitad son astrológicas y el resto sobre todo astronómicas y geométricas. Entre dichas traducciones se encuentran: *De horarum electionibus*, *De iudiciis nativitatum*, *Iudicia seu propositiones*, *Quadrupartitum*, *Centilloquium*, *De revolutionibus nativitatum*, *Liber em-*

¹⁴ SERMONETA, G., *L'ebraico tra l'arabo ...* op. cit., p. 145.

¹⁵ Utilizo la expresión «a cuatro manos» tomándola de Gonzalo Maeso y que, en siguiendo la terminología concertística de «tocar el piano a cuatro manos» alude aquí al hecho de que uno leía o traducía la obra la obra en un idioma y el otro la escribía en otro. Ya se ha aludido más arriba al hecho de que no todos sabían las dos lenguas y que no era lo mismo entender un idioma que escribirlo.

badorum, Esphericas, Quaestiones geometricae, Aeneas de pulsibus et urinis, De motu stellarum, De operibus astrolabiae.

El segundo, Abraham ben 'Ezra', tradujo del árabe al hebreo el comentario de Ibn al-Muṭanna a las tablas astronómicas de al-Jwā rizmī, con el título de *Ṭa'amé ha-luḥot al-Jwārizmī, Fundamentos de las tablas de al-Jwārizmī* traducidas luego al latín por Hugo de Santalla en Tarazona. También se le atribuyen algunas traducciones a las obras astrológicas de Māšāllāh que trata de los eclipses, entre otras cosas. Y, finalmente, tradujo varias obras del insigne gramático hebreo Yēhudah Ḥayyūy.

Como puede verse, junto a estos dos personajes tan centrales en la historia de la transmisión de la ciencia y filosofía árabes, figuran también otros, de los cuales citaré solo algunos nombres. Yēhudah al-Harizī (h. 1170 - h. 123) que nace cerca de Barcelona de familia tal vez oriunda de Granada. Vive en Toledo, Cataluña y Sur de Francia y traduce diversas obras del árabe al hebreo, entre ellas: *Los dichos de los filósofos*, de Hunayn ibn Ishāq, una carta atribuida a Aristóteles, el *Sefer ha-nefeš* del Pseudo Galeno, y diversos tratados de filosofía entre ellos la *Moréh nebukîm, Guía de los perplejos* de Maimónides. Sobre esta traducción purista de la *Guía de los Perplejos* de se hizo la latina más conocida en Europa y que fue utilizada por los escolásticos, sobre todo, por Santo Tomás de Aquino. Ahora bien, esta versión hebrea, en su afán purista, es sumamente ambigua en muchos pasajes y se hace preciso acudir con frecuencia a la versión árabe para aclarar el contenido. Prueba de esta ambigüedad es la discusión que surgió a finales del XIII entre el dominico Nicolás de Giovinazzo y el comentarador judío de la *Guía*, Mošeh de Salerno. La segunda escuela de traducción, la de los Tibbónidas hizo otra versión más precisa, como veremos, y fue la que más prestigio tuvo y la que se ha editado y comentado más dentro del mundo judío.

A los autores dichos de esta primera escuela, podrían añadirse los Qimhi, a saber, en primer lugar a Yosef Qimhi (h. 1105- h.1170). Nacido en el Sur de al-Andalus, se instala en Narbona. Escribe obras de gramática hebrea para divulgar esta lengua entre sus correligionarios del Sur de Francia, siguiendo a Yēhudah Ḥayyūy, Ibn Yānāḥ y Abraham ben 'Ezra', del que era amigo. Y entre las varias obras

que traduce al hebreo figura el gran libro de Ibn Paqūda, *Kitāb al-hidāya ilā farā'id al-qulūb*, *Libro de la guía de los deberes de los corazones* al que da un sentido elegante y sencillo. También los Tibbónidas harán otra versión de esta obra, que será la canónica posteriormente entre los judíos. A Yosef Qimhi le siguen sus hijos Mošeh ben Qimhi (que muere h. 1190) y David Qimhi (h. 1160-1235) que se dedicaron a la filología y gramática en el Sur de Francia, llevando a cabo algunas traducciones de menor importancia.

La segunda escuela de traducción es la de los Tibbónidas. Estos proceden de otro medio cultural pues no solo saben árabe y hebreo sino que están en contacto y conocen bien las obras cristianas y el latín en que están escritas. Por ello, su hebreo, consciente de sus limitaciones, es fundamentalmente receptivo y crea una terminología filosófica y científica, precisa, arrancada normalmente del árabe, precisamente porque siguen al pie de la letra el texto original. Šěmu' el ibn Tibbon, consciente del problema, dice: «He caído en la cuenta de que no puedo por menos de usar palabras extranjeras, términos que, por la pobreza de nuestra lengua, no serían entendidos por el lector [...] Esta pobreza depende de la falta de rigurosos tratados científicos en hebreo, dado que no encontrarías en nuestra lengua aquellos términos «extranjeros», que sólo son empleados por los expertos en las ciencias, de modo bien diferenciado entre ellos y de manera precisa».

Así, se pegan escrupulosamente al texto árabe original, conscientes de las limitaciones del latín y del hebreo del s. XII y primera mitad del XIII. Lo cual hace que las traducciones del árabe al hebreo hechas por ellos en la Corona de Aragón fueran consideradas por los judíos araboparlantes mucho mejores que las latinas toledanas. Por otro lado, esta literalidad y fidelidad al texto, venía impuesta no solamente por criterios científicos y filológicos sino también por la misma manera medieval de hacer exégesis bíblica, literalista y fiel al texto sagrado al que había que respetar por encima de todo.

El primero de la gran saga de los Tibbónidas fue Yěhudah ibn Tibbon (1120-1190) que nació en Granada y murió en Marsella, tras haber huido del fanatismo almohade. Es el traductor de obras tan insignes (y, por cierto, la mayor parte escritas en en Zaragoza) co-

mo, por ejemplo, el *Kitāb iṣlāḥ al-ajlāq*, *Libro de la corrección de los caracteres* y *Mujtār al-ŷawāhir*, *Selección de perlas*¹⁶ de Ibn Gabirol, el *Kuzari* del tudelano Yēhudah ha-Levi, la gramática y diccionario compuestos en Zaragoza por Ibn Ŷanāh, el *Sefer ha-‘emunot wē-hade‘ot* de Sa‘adia Gaón y *Los deberes de los corazones* del zaragozano Ibn Paqūda¹⁷. Esta versión fue la que luego circuló por el mundo judío como lectura habitual de espiritualidad y no la que hizo antes Yosef Qimhi, de la primera escuela, como se dijo más arriba.

El segundo es Šēmu‘el ben Yēhudah ibn Tibbon (1150-1230), hijo de Yēhudah, el cual nació ya en el sur de Francia, en Lunel, y tradujo nada menos que *Moréh nebukīm*, *Guía de perplejos* de Maiónides con el que tuvo especial contacto por correspondencia, pidiéndole en todo momento consejo y orientación para hacer su traducción del árabe al hebreo¹⁸. La versión fue excelente y resultó ser la canónica en hebreo, superior incluso a la que hizo al-Ḥarizī más literaria y elegante. Con este motivo, Šēmu‘el creó una terminología nueva filosófica hebrea enormemente precisa que quedó luego acuñada para la posteridad en un *Lexicon* compuesto al efecto; es el primer diccionario filosófico alfabético de Occidente (se hizo en 1213) para comprender bien la *Guía de los Perplejos* de Maimónides, en el cual expone claramente su plan: primero, enriquecer el hebreo con términos tomados en préstamo del árabe; segundo, crear una serie de neologismos, sobre todo abstractos, sirviéndose de raíces hebreas, mo deladas sobre el árabe; tercero, crear términos «equívocos», o atribuirles artificialmente, en base al árabe, un segundo significado al vocablo hebreo que ya poseían una acepción propia. Igualmente tradujo al hebreo diversos escritos de Averroes y de Aristóteles.

¹⁶De estas obras hay versión española: IBN GABIROL, *La corrección de los caracteres*, Introducción, traducción y notas de J. Lomba, Zaragoza, 1990, p. 87; *Selección de perlas*, Introducción, traducción y notas de D. GONZALO MAESO, Barcelona, 1977.

¹⁷De esta obra hay versión española: IBN PAQŪDA, *Los deberes de los corazones*, Introducción, traducción y notas de J. LOMBA, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1994.

¹⁸Hay diversas versiones al castellano, entre otras, la realizada por David GONZALO MAESO, *Guía de Perplejos*, Editora Nacional, Madrid, 1984.

A este le sucedieron su hijo Mošeh ben Šěmu'el ibn Tibbon, que vivió en Marsella entre 1240 y 1283; Ya'āqob ben Mahîr ibn Tibbon, natural de Marsella e hijo de Mošeh (1230-1312); Abraham ibn Tibbon, hijo de uno de los dos anteriores, todos los cuales siguieron con la tradición familiar traduciendo obras de medicina, filosofía, matemáticas y astronomía del árabe al hebreo. Y, por fin, hay que unir también a esta ilustre saga de los Tibbónidas a Ya'āqob ben Abba Mari Anatoli (1194-1258), yerno de Šěmu'el ibn Tibbon, que tradujo varias obras de Averroes y Aristóteles al hebreo. Llamado por Federico II de Alemania, fue a Nápoles como traductor, en donde, en colaboración con algunos intelectuales cristianos, vertió directamente del árabe al latín varias obras.

Aunque no fueran de la familia, se podrían incluir también en esta segunda escuela a otros autores. En primer lugar a Šem-Ṭob Falaquerah de familia tudelana y que vive en Cataluña o Provenza hacia 1225 muriendo alrededor de 1295. Tradujo al hebreo la primera obra netamente filosófica que, como antes he dicho, se produce en al-Andalus, *Yanbu' al-hayāt, La fuente de la vida* de Ibn Gabirol de cuya versión hebrea de Falaquerah solo se conservan algunos pasajes reconstruidos por Munk, al cual, por cierto, se debe la identificación de su autor, *Ibn Gabirol*. Sin embargo, curiosamente, la versión que más éxito tuvo en la Europa cristiana fue la llevada a cabo al latín en Toledo por Juan Hispano y Domingo Gundisalvo y que tuvo el título de *Fons vitae*. El hecho de esta doble versión latina y hebrea, en Castilla y Aragón-Provenza y el éxito de la traducción latina sobre la hebrea, se explica por el carácter neoplatónico de dicha obra más digerible, por ello, en la Europa de aquel momento. Traduce también Falaquerah del árabe al hebreo obras neoplatónicas, entre ellas, por ejemplo, el *Libro de las cinco substancias* del Pseudo-Empédocles.

Igualmente podría considerarse del grupo a Kalonymus ben Kalonymus que nace en Arles en 1287. Traduce del árabe al hebreo, al menos 29 obras de matemáticas, astronomía, astrología, medicina y filosofía. Su primera traducción data del 1306 y la última fecha en que se le cita es la de 1328 cuando tenía 41 años. Parece que sus traducciones fueron anteriores a 1317, después de cuya fecha entró al

servicio de Roberto, Rey de Nápoles, que estaba en aquellos momentos en Avignon, en 1319, yendo luego a Nápoles y Roma. Por petición de dicho monarca tradujo al latín el *Tahāfut al-tahāfut*, *Destrucción de la Destrucción*, de Averroes.

Y otros más hay que citar en esta escuela, como a Ṭodros Ṭodrosí que traduce numerosas obras de al-Fārābī, Avicena y Averroes; a Samuel ben Judah ben Mešullam ben Isaac de Marsella, llamado también Miles de Marsella, Miles Bongodas o Barbevaire (1294-h. 1340) que tradujo los textos de filosofía política de Averroes, a saber: *Comentarios medios de la Etica a Nicómaco* y el *Pequeño Comentario a la República* de Platón; a Mošeh ben Yēhošua' Narboní, llamado Maestro Vidal Belsom o Moises de Narbona, que nacido en Perpignan a finales del XIII o comienzos del XIV, y conocedor del árabe, el hebreo y el latín, escribió (no tradujo) muchos comentarios a las obras de Maimónides (concretamente a la *Guía de Perplejos*), a Averroes (como comentador de Aristóteles), a al-Gazzālī, y a algunos libros de la Biblia.

Ahora bien, tras las soluciones dadas por estas dos escuelas, la situación de la lengua hebrea, oscilante entre el purismo y el literalismo, cambia muy a finales del s. XIII y durante el XIV: ya no se siguen los patrones árabes, al modo como lo hicieron los tibbonidas, sino que se vuelve la vista a los modelos latinos escolásticos imperantes y ya maduros para expresar la nueva ciencia y filosofía. Si hubiese seguido la situación, tal vez los judíos hubieran acabado escribiendo en latín, como lo hicieron antes en árabe y como lo hicieron con todas las lenguas y culturas en cuyo seno se vieron obligados a vivir. Pero la aparición de las lenguas romances, la posterior decadencia de la Escolástica y el surgimiento de una nueva sensibilidad filológica que vino a suplantarse al respeto sacro por la letra, lo impidieron e hicieron que los judíos se expresasen luego, a partir del XV y del Renacimiento, en otras lenguas y no en latín o en hebreo. Como dice Sermoneta ¹⁹: «El paso del latín y de la terminología escolástica sobre el hebreo, será otra de las pistas, bien visible y notoria, del eterno puente de una lengua y de una cultura destinada a ponerse

¹⁹ SERMONETA, G., *L'ebraico tra l'arabo ...*, op. cit., p. 153-154.

siempre como punto pasivo de referencia en la confrontación de lo distinto a lo hebraico.»

De hecho, en Castilla, a partir de 1235, surge un importante movimiento traductor del árabe y hebreo al romance, bajo el impulso dado, sobre todo, por Alfonso X. Y así, aparecen traductores judíos como Yişhaq ibn Sid, Yēhudah ben Mošeh, Abraham de Toledo, Šēmu‘el Abulafia que se dedican, sobre todo a verter al castellano obras de astronomía, literatura y religión (no de filosofía y medicina), apareciendo de este modo la versión del *Calila e Dimna*, el *Talmud*, el *Corán La Escala de Mahoma*, el *Lapidario*, el *Picatrix* y otras muchas más. Lo que ocurrió es que estas versiones, hechas por hispanos (no ya por extranjeros como antes en Toledo) solo tienen vigencia en la Península Ibérica; y si son conocidas fuera de ella, es a través de una retraducción o a otros romances o al latín.

Pero en la Corona de Aragón se sigue vertiendo del árabe al hebreo e incluso del latín al hebreo, con repercusiones directas en el ámbito europeo. Así, Abraham ibn Ḥasday de Barcelona, acérrimo entusiasta de Maimónides, traduce el *Mizām al-‘amal*, *La balanza de las acciones* de al-Gazzaālī, el *Sefer ha-tapyah* atribuido a Aristóteles, el *Sefer ha-yēsodot*, *Los dichos de los filósofos*, *Sobre los elementos*, del médico Yişhaq Israeli, la *Carta del Yemen* de Maimónides y *Barlaam y Josafat* Zēraḥyah ben Işhaq Ḥen o Gracian, que nació en Barcelona de una importante familia aristocrática y se dedicó a la medicina y filosofía. Por sus manos pasaron diversas obras filosófica y médicas de Aristóteles, Averroes, Maimónides, Avicena, Galeno que tradujo del árabe al hebreo, además de escribir un comentario a la *Guía de perplejos* de Maimónides. Yişhaq Albalag, que traduce en 1292 gran parte de *Maqāşidal-falāsifa*, *Las tendencias de los filósofos*, de al-Gazzālī, añadiendo una introducción y notas con fuertes críticas al propio al-Gazzālī, a Avicena y a Maimónides. Šēlomoh ben Yosef ibn Ya‘āqoḅ médico de Zaragoza, que traduce el *Comentario a la Mişnah* de Maimónides. Benveniste Sēmu‘el que vivió en Tarragona y Zaragoza y fue médico de Don Manuel, hermano del Rey Pedro IV el Ceremonioso, desde 1353, traduciendo del árabe al hebreo el *Tratado del asma* de Maimónides y del latín al hebreo la *Consolatio philosophiae* de Boecio, versión que también hizo, por cierto, Aza-

ria ben Yosef ben Abba Mari, de Perpiñan. Šelomoh ibn Labi (ya de pleno siglo XIV) de la familia de los Ibn Labēi o de la Cavallería de Zaragoza y que fue notable como filósofo y poeta. Colaboró con Yiṣḥaq ben Šešet y con el eminente filósofo Ḥasday Crescas en la renovación de la aljama de Zaragoza y ocupó altos cargos en la administración cristiana. Tradujo al hebreo la obra árabe del judío cordobés establecido en Toledo Abraham ibn Dawūd (1110-1180), *Al-'aqīda al-ralī'a*, *La creencia sublime*, con el título de *Ha-'emunah ha-ramah*.

Aparte de todo lo dicho, hay otra vía de transmisión, sumamente difícil de detectar y seguir sus huellas, como es la difusa consistente, por un lado, en la tradición oral cuentística popular y, por otro, en una serie de lecturas que circularían entre los judíos y que, de una y otra forma, pasarían a los cristianos europeos. Un ejemplo de todo ello es todo el cúmulo de anécdotas, cuentos, ejemplos, sentencias que, provenientes de la India, de Persia, de Arabia y de Grecia, fueron traducidas en Bagdad al árabe por Hunayn ibn Ishāq y que luego se encuentran sus huellas ante todo en la literatura musulmana y judía de al-Andalus y posteriormente, procediendo de ésta, en la cristiana española y europea. Por poner algún ejemplo de este influjo de la literatura andalusí, musulmana y judía en la cristiana y europea se pueden citar: *Las siete partidas* de Alfonso X, *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, *Castigos e documentos para bien vivir*, atribuido a Sancho IV, *Libro del Caballero Zifar*, *Libro de los buenos proverbios*, *Libro de los doce sabios*, *Bonium* o *Bocados de oro*, *Libro de Aleixandre*, *Poridat de poridades* y el resto de la literatura sentenciaria europea medieval y aun posterior, señalando nombres como el de Jacques de Vitry, Etienne de Bourbon, Bocaccio, Shakespeare y otros. Por otra parte, un caso curioso es el del zaragozano Ibn Paqūda y su libro de *Los deberes de los corazones*. Obra muy personal del autor, sin embargo se inspira en la gran ascética y mística musulmana de, entre otros, Abū Ṭālib al-Makkī, autor de un libro titulado *Qūt al-qulūb* o *Alimento de los corazones*; Muḥāsibī, autor de *al-ri'āya li huqūq Allāh* o *Vigilancia de los deberes divinos*; Ibn 'Atā, Jarrāz, Quṣayrī, Hasan al-Basrī, Mālik ibn Dīnār, Muḥammad ibn Wāsi', Sufyān ibn 'Unayna, Sarrāy, Dū-l-Nūn al-Miṣrī y muchos

más. Este libro, *Los deberes de los corazones*, sumamente leído en las comunidades judías, tiene unos paralelismos sorprendentes con San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz, el *Kempis* y otros muchos autores de la gran ascética y mística cristiana europeas.

Con todo lo dicho, ha quedado apuntado, solamente apuntado, el gran protagonismo que tuvo la Corona de Aragón en la transmisión del saber árabe a Europa. La Península Ibérica, como totalidad, ejerció un influjo decisivo en la renovación radical de la cultura europea, pero cada zona de la misma lo hizo a su manera y de una forma muy peculiar. Europa tiene mucho que agradecer al Reino de Portugal, al de Castilla y a la Corona de Aragón todo lo que hicieron por la ciencia, la filosofía, la literatura europeas posteriores. Ninguna mejor ni más que otras, pero todas juntas hicieron una labor fundamental para la construcción de Europa.